

La gloria y el ensueño que forjó una

PATRIA




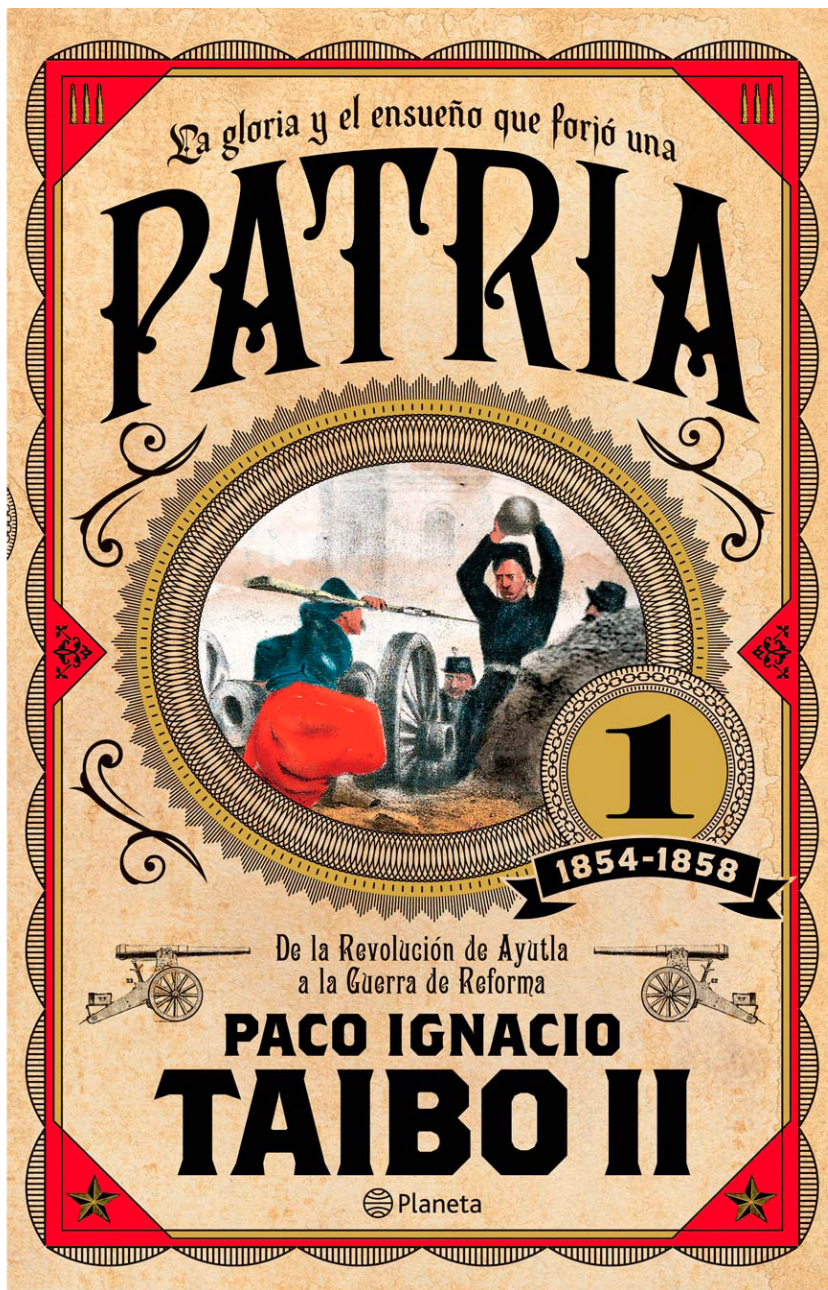
1

1854-1858

De la Revolución de Ayatla
a la Guerra de Reforma

**PACO IGNACIO
TAIBO II**

 Planeta



PACO IGNACIO TAIBO II



 Planeta

ÍNDICE

TOMO 1

NOTA INICIAL

1. Ocampo
2. Quince Uñas
3. El otro exilado
4. La rebelión
5. Zarco, las pasiones de la palabra
6. El águila despistada
7. La caída
8. Sigue la pista del dinero
9. La danza por el poder
10. El triunfo de Ayutla
11. El Nigromante
12. "La tentativa del imposible"
13. Labastida
14. La Ley Lerdo
15. Lazos rojos en el pelo, zapatos verdes e iglesias derruidas
16. Los Macabeos
17. La pequeña guerra
18. La esperada Constitución
19. Jurar o no jurar
20. Crabb
21. La batalla del Jueves Santo
22. La revuelta interminable
23. El golpe
24. Benito
25. El golpe dentro del golpe
26. Escarceos
27. Guillermo
28. Se salvan los que iban a matar los valientes

29. El Santo
30. Los norteños
31. El Tigre Márquez
32. El 58
33. Ahualulco
34. Incidente Barrón y Forbes
35. El Salvaje Antonio Rojas
36. El Plan de Navidad
37. Veracruz o el Distrito Federal
38. Los asesinatos de Tacubaya
39. Dos países
40. Toros
41. Veracruz juarista y las Leyes de Reforma
42. Ateos
43. El McLane-Ocampo
44. La conducta y el fin del 59
45. De la Llave
46. El combate de Antón Lizardo
47. El Tinterillo
48. Silao
49. El santo de caballería
50. Los problemas de Santos Degollado
51. Batalla de Guadalajara
52. El más valiente
53. El albazo de Toluca
54. Calpulalpan
55. La victoria
56. Los restos de la República
57. Leandro
58. La muerte de Melchor
59. Muerte de Santos
60. Dubois de Saligny
61. El relicario que no servía
62. La guerrilla conservadora
63. Jecker, el vendedor de la nación
64. La deuda
65. Inestabilidad
66. Los conspiradores
67. Doblado
68. "Cual tigre nos acecha"

- 69. La permanente conspiración europea
- 70. La invasión que no invade
- 71. La Soledad
- 72. El desterrado presidente
- 73. El ejército liberal
- 74. La primera sangre
- 75. El periódico chinaco
- Acerca del autor
- Créditos
- Planeta de libros

Vámonos patria a caminar, yo te acompaño.

OTTO RENÉ CASTILLO

Nosotros venimos del pueblo de Dolores,
descendemos de Hidalgo y nacimos
luchando como nuestro padre,
por los símbolos de la emancipación,
y como él, luchando por la santa causa
desapareceremos de sobre la tierra.

IGNACIO RAMÍREZ, "Discurso cívico",
Obras completas, tomo III

El historiador no se ocupa sólo de la verdad;
se ocupa también de lo falso cuando se ha
tomado como cierto; se ocupa también de lo
imaginario y lo soñado. Sin embargo,
se niega a confundirlos.

ALAIN DEMURGER

*Para FRANCISCO PÉREZ ARCE,
mi compadre, camarada y amigo durante casi 50 años*

*A la memoria de mi amigo JOSÉ EMILIO PACHECO,
con el que muchas de estas historias fueron conversadas
a lo largo del tiempo mexicano*

NOTA INICIAL

La especialidad de los liberales es el talento de los prólogos; las obras quedan truncas pero los prefacios son divinos.

GUILLERMO PRIETO

I

La maldición de la historia es que se construye con una acumulación de datos que difícilmente permiten atrapar a los personajes, explicarlos, construir las situaciones claves y diferenciarlas de lo banal, lo casual, lo accidental. Y sin embargo en los detalles están las claves muchas veces, las pequeñas historias, las minucias, las preguntas del sentido común.

En aras de la explicación de los movimientos del conjunto constantemente está en riesgo el paisaje y por tanto la posibilidad de devolverles vida a los actores, y esto es aún peor cuando uno descende a las bases sociales del movimiento. No hace falta recordar a Brecht para preguntarse por los que marchaban a pie. Y, no obstante, por razones de la información realmente existente, sólo se puede acceder de forma cabal a lo que podría llamarse “los participantes distinguidos” de la historia, y a ellos, al menos a un centenar de ellos, pretende este trabajo llegar al ir bastante más allá de Santa Anna, Juárez, Maximiliano, Bazaine, y de vez en cuando vislumbrar los subterráneos del México profundo.

Y entonces no es accidente sino intención tocar a los hombres de la Reforma, a muchos de ellos, y si esto no se logra, todos los años de trabajo invertidos en este proyecto valen para un carajo.

Es tan fácil caer en el encanto que producen los liberales rojos, ciudadanos que vivieron bajo el peso de la derrota y

vergüenza de la guerra de 1846-1847 contra los gringos (Rodríguez Galván: "Nada en el mundo, / Nada encontré que el tedio y el disgusto / De vivir arrancara de mi pecho"); una revolución, la de Ayutla, para librarse de la ignominia del santanismo; un enconado debate que dio nacimiento a la Constitución del 1857; una guerra civil, la de Reforma, para liberarse de la trilogía maldita que había destruido el país: clero, agiotistas, militares profesionales; la invasión de españoles, ingleses y franceses para cobrar una deuda inexistente; la Intervención francesa (Prieto: "Odio eterno al francés altanero"); la imposición con las bayonetas de un imperio nacido de ultramar; multitud de asonadas, cuartelazos. Esos liberales rojos, hijos de un país que prácticamente en 15 años no les dio respiro.

Y sí, estas páginas están contadas teniéndolos a ellos como personajes centrales y abundan en parcialidades, reivindicando la toma de partido.

Tienen en su columna vertebral a estos abogados que se interesaban por la astronomía, poetas que se transmutaban en generales, periodistas que se volvían ministros y que tenían que aprender a manejar la imposible deuda pública. Como registra Guillermo Prieto: "Zaragoza [...] sastre y dependiente de comercio, Comonfort empleado oscuro de aduanas, Degollado empleado y contador de la catedral de Morelia", y sigamos la lista sin don Guillermo: Aramberri, estudiante de ingeniería; el propio Prieto, panadero fracasado y poeta popular; González Ortega, tinterillo; Ocampo, heredero agrario, provinciano erudito hasta la saciedad. Periodistas que para sobrevivir a la censura se volvían pajareros, como El Nigromante; orgullosos pero humildes, como Santos Degollado, que, siendo general, cosía los botones y remendaba la ropa de sus oficiales.

Federalistas hasta la obsesión, reaccionando ante los terribles males que el centralismo había producido en el país y premonitoriamente proponiendo el modelo federal y la limitación del presidencialismo, lacra de un México como el nuestro, enfermo de centralismo, que por fortuna no habrían de conocer. Pero su federalismo en tiempos de guerra estaba lastrado por la falta de coordinación y generó un presidencialismo no exento de autoritarismo. Con esa contradicción habrían de vivir estos casi 15 años.

Endiabladamente inteligentes, agudos, esforzados, laboriosos; personajes terriblemente celosos de su independencia y espíritu crítico, honestos hasta la absoluta pobreza. Incorruptibles, obsesionados por la educación popular, hijos de la iluminación, las luces, el progreso, el conocimiento, la ilustración, la ciencia. Atrapados sin quererlo en el amor a las bombas de agua, las fraguas, las máquinas de vapor, las imprentas, los elevadores, las carreteras; en el amor al ferrocarril, sin acabar de entender que en sus ruedas transportaría no sólo el progreso sino también una nueva forma de barbarie. De esta falsa idea de progreso los salvaba una mentalidad que no daba por bueno lo históricamente inevitable, que veneraba las costumbres, lo popular, al pueblo llano, a los trabajadores y los artesanos, los oficios mayores como el de impresor o los pequeños como el de aguador.

Casi ninguno, si excluimos a Ponciano Arriga, a El Nigromante y a ratos a Altamirano, tenían sensibilidad ante el mundo indígena, porque percibían que en él se refugiaba el clero rural, el eterno enemigo del Estado y del progreso. No pasaban de ofrecer una sensibilidad amable, una mirada piadosa. Pagarían su error al no entender que había un camino en reconocer al México pluriétnico, levantado sobre la igualdad, pero también sobre las diferencias.

Eran defensores de la parte radical de la Independencia y su memoria, de la que se sentían herederos, en varios casos herederos directos, como Riva Palacio de Vicente Guerrero.

Dotados de una curiosidad infinita y de una vocación de poner en el papel las historias y las cosas para que no desaparecieran, escribían. Tenemos constancia de los diálogos epistolares (escribían como locos), de las intervenciones públicas, de los debates periodísticos, de las crónicas, memorias y apuntes de diario, que, aunque hayan perdido muchas conversaciones y diálogos, dejan constancia de una generación que estuvo envuelta en una conversación permanente. Eran grafómanos hasta el agotamiento de papel, pluma y tinteros, en una época que no proporcionaba ni modestas máquinas de escribir, lo que haría que la obra de una docena de ellos pudiera llenar una pequeña biblioteca. Los escritos de Zarco reúnen 20 tomos; los de Guillermo Prieto, 32; los de El Nigromante, ocho; los de Altamirano, 24; Riva Palacio, 11; Manuel

Payno, 17; Melchor Ocampo, cinco.

Casi todos o eran poetas o eran lectores de poesía y poetas vergonzantes. Eran fervorosos periodistas en un país que no sabía escribir y confiaban en que el que leía le contara al que no lo hacía, cerrando el mágico círculo de la palabra. Ramírez colaboró en la etapa aquí narrada al menos en 21 periódicos; Prieto fundó media docena en la marcha hacia el norte huyendo de los franceses; Zarco escribía editoriales diariamente de 25 cuartillas para *El Siglo XIX* antes de que existiera la taquigrafía.

Vivían en la retórica, apelaban a las grandes palabras, les gustaban los brindis, los discursos, las "coronas", los homenajes, las arengas, las galas sin boato monárquico, pero con abundantes clarines y tambores. A cambio eliminaban los títulos para reducirlos al "don" y al "señor" y al mucho más novedoso y honroso cargo de "ciudadano". Cuidado. El discurso liberal es a veces pesado, cargado de elocuencia, denso de fórmulas verbales, corto de espontaneidad. Hay que recordar el banquete que el gobierno juarista le dio al presidente de Bolivia y que fue precedido por 11 brindis (o 12). El narrador no puede dejar de preguntarse cómo estaba el verbo en el progreso alcohólico de los comensales después del decimo-primer brindis.

Los salvaba el sentido del humor, punzante, maligno, como el del general González Ortega, poeta comecuras en la adolescencia, la broma amarga de Ramírez (El Nigromante), la permanente y desvergonzada sátira de Guillermo Prieto. Los mejoraba su ingenio, su capacidad de resistir las críticas, que se expresaba en una defensa a ultranza de la libertad de expresión. Poseedores de un sentido del humor y de la independencia de criterio que a veces los hacía perder hasta las mejores amistades y las más sólidas alianzas.

La historia de bronce los ha despojado de aristas, los ha simplificado, ha eliminado las contradicciones que existieron entre ellos; poco se dice de las manías y tentaciones conspiratorias de los hermanos Lerdo de Tejada; las abundantes desconfianzas de Juárez respecto a sus compañeros más cercanos; la traición final de González de Mendoza; las eternas suspicacias paranoicas de Santacilia. Los choques se desvanecen (cuando abundaron) y así suele correrse un potente velo sobre

la pasividad de Altamirano en los primeros años de la Intervención francesa; poco se explorará realmente en el conflicto entre Juárez y González Ortega y menos en la dureza del presidente contra su rival; muy poco se hablará de las erráticas acciones de Zarco y El Nigromante a partir del 65 o del furor antijuarista de este último en los años finales; Escobedo no fracasará en Acultzingo; las dudas de Zaragoza tras el 5 de mayo no serán motivo de estudio; casi nadie dirá que, aunque Arteaga y Salazar morirán hermanados, realmente no podían soportarse. Se ocultará en las biografías oficiales la neutralidad ante el imperio durante un par de años de Miguel Auza, uno de los héroes de Puebla. De Santos Degollado se omitirán penosamente sus dudas y desatinos en los debates del Constituyente o el error de la conciliación con el embajador inglés Mathew en el 60. Adentrarse en esta y otras muchas historias no resta un ápice al enorme cariño que el narrador les tiene; no impide reconocer que durante cerca de 15 años esta generación sostuvo una guerra casi continua contra Santa Anna, conservadores, franceses e imperiales, sobreponiéndose a derrotas, miedos, orgullos personales, enfrentándose a la muerte una y otra vez o siendo doblegados por ella.

Curiosamente eran provincianos, no puede ser casual que de la lista del narrador de los liberales rojos, los puros (y que me perdonen por las exclusiones), sólo fueran de origen chilango cuatro (Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, Leandro Valle, Arteaga) y 33 hayan nacido en diversos estados del país. Eran michoacanos: Pueblita, Epitacio Huerta, Ocampo; oaxaqueños: Juárez, Porfirio Díaz; guanajuatenses: Ignacio Ramírez, Sóstenes Rocha, Florencio Antillón, Santos Degollado, Doblado; veracruzanos: Aureliano Rivera, Gutiérrez Zamora, De la Llave, Miguel y Sebastián Lerdo de Tejada; zacatecanos: Berriozábal, Auza, González Ortega; guerrerenses: Juan Álvarez, Altamirano, Jiménez; coahuilenses (incluyendo Texas): Viesca, Zaragoza; regiomontanos: Escobedo, Pedro J. Méndez, Zuazua, Jerónimo Treviño, Aramberri; jalisciense: Ramón Corona; tamaulipeco: Carlos Salazar; duranguense: Zarco; hidrocálido: José María Chávez; poblano: Miguel Negrete. Sin duda, esta inusitada variedad de orígenes, casi impensable en el siglo XXI, muestra la fragua del liberalismo rojo en las ciudades del interior, lejos del poder central, cerca de la ilustra-

ción autodidacta.

Su Némesis serán los portavoces de la triple alianza: un clero fiel heredero del oscurantismo de la Nueva España; los banqueros, sobre todo agiotistas y hacendados, y la casta militar de las plumas y los entorchados. Y tras ellos los invasores y el imperio con carroza de Cenicienta de Maximiliano. No habría historia sin Santa Anna, el obispo Pelagio de Labastida, el malvado cura Munguía, el pertinaz propagandista conservador Aguilar y Marocho, el maligno asesino y mentiroso Leonardo Márquez, los sanguinarios hermanos Cobos, el *gangster* banquero Jecker, el brillante Luis Osollo, el tenaz y mocho Miguel Miramón, el mariscal Bazaine, el emperador Maximiliano y su inseparable Carlota.

Pero, aunque estén allí, esta será la historia de la república armada, con fusiles Sharp, espingardas, mosquetones, muchas lanzas, machetes, reatas y algunos cañones viejos... Y también con periódicos y discursos. La república armada que derrota a la dictadura de Santa Anna, a los cangrejos conservadores animados por el clero y los agiotistas, a la intervención militar francesa y al imperio de Maximiliano. Es, pues, en buena medida una historia militar.

Aun cuando su corazón no esté en las grandes hazañas militares, si las hay, sino en los gestos, no será el acierto de Zaragoza en el 5 de mayo interpretar correctamente la prepotencia de Lorencez, sino abandonar el Ministerio de Guerra para ser general de la División de Oriente. No en las hazañas militares sino en la tenacidad, válida para militares o propagandistas, los dos oficios involuntarios de los cuadros liberales de la Reforma. ¿Quién de ellos no fundó tres veces el periódico desaparecido o censurado? ¿Quién no reorganizó diez veces la brigada masacrada por el enemigo?

II

Este trabajo se encuentra en el estado de la divulgación. Necesitaría otro par de millares de páginas y otros dos años de investigación (sumados a los cuatro que me consumió y a la docena de años previos de acumulación de material) para trascenderla. Imposible contar todas las batallas, todos los en-

cuentros, todos los debates, todos los personajes, todos los contextos, toda la gloria, la miseria y el ensueño.

Un proyecto como este se hace no sólo con el material que explora, también con el material que desecha. Abandonos voluntarios en abundancia recorren estas páginas. Por ejemplo, de los interminables archivos diplomáticos y parlamentarios de los imperios (español, inglés, norteamericano, francés) que conducen a veces a interpretaciones que sobrevaloran una carta de Seward por encima de un combate del salvaje Antonio Rojas. Por ejemplo, las influencias ideológicas o filosóficas que formaron a los actores principales, siempre pensando que el verbo unido a la acción resulta más significativo y es idea. Por ejemplo, el uso directo de archivos a los que apelé sólo para enfrentar dudas.

La gran batalla fue contra las fuentes. El narrador revisó un poco más de 900 memorias, artículos de la época, recuentos históricos, nuevas interpretaciones, textos de cronistas provincianos, ecos del pasado a 150 años de lo sucedido, debates, documentos y millares de fotos, mapas, cuadros, grabados. Y tuvo que moverse en varios pantanos de versiones contradictorias, errores de números y fechas, interpretaciones dolosas o extremadamente parciales, graves omisiones, falsificaciones, pero sobre todo ausencias que revelaran el mar de fondo, los haceres y dudas de las multitudes, las cotidianidades de la guerra, los miedos y las fogosidades, todo para concluir con la poco sabia reflexión de que los libros se hacen con lo que se tiene y no necesariamente con lo que se quiere.

Y, por más que se entienda a muchos, no se elude la polémica, en especial con los viejos y nuevos cangrejos que, so pretexto de combatir la historia de bronce, producen las biografías reivindicativas de Pepe Hidalgo, el obispo Labastida, Miramón, Almonte, Tomás Mejía, Porfirio Díaz.

Abunda la canibalización de textos previos de mi autoría: de la novela *La lejanía del tesoro*, el ensayo histórico *Los libros no reconocen rivales*, la biografía *El general orejón ese* y algunos artículos publicados en *La Jornada* sobre Vidaurri y Juárez.

El narrador se ha tomado varias libertades que en un trabajo tradicional de historia no deberían emplearse: uso de segunda voz narrativa, visiones subjetivas, reconstrucción de